

El despertar de la universidad

SALVADOR CARDÚS I ROS

LA VANGUARDIA, 18.03.09

La vía de cambio abierta con la declaración de Bolonia de 1999 parece llamado a convertirse en nuestro país en el catalizador de la expresión de todos los males de la universidad y, en general, de los del “capitalismo de última generación”, según terminología al uso. Este enañamiento de una pequeña parte de la comunidad universitaria contra lo que significa Bolonia supone una simplificación tan abusiva de la valoración de los cambios emprendidos que sólo puede explicarse como parte de una guerra ideológica y de una estrategia política de mayor calado que ha encontrado en la universidad un campo suficientemente abierto como para aprovechar a su favor los aires de libertad y respeto al pensamiento crítico que allí se practica. Ninguna otra institución hubiese permitido lo que la universidad pública ha tolerado en los últimos años, en una actitud condescendiente de la que ahora recogemos los frutos en forma de dificultad para gobernarla y hacer respetar los derechos de la mayoría de estudiantes y la responsabilidad de profesores e investigadores ante la sociedad que los sufraga.

Es cierto que la universidad pública tiene problemas graves y que existe malestar ante la incapacidad por afrontar las reformas que serían necesarias. Precisamente, si algo puede criticarse del proceso actual es su timidez y el peligro que al final casi todo haya cambiado para que todo siga igual. Eso sí, mucho más burocratizado. Pero tales problemas, desde mi punto de vista, no se sitúan en lo que apunta el último manifiesto de los profesores que justifican el actual movimiento de protesta estudiantil, “Contra el desballestament de la universitat

pública”. La universidad tiene problemas por el cambio de modelo que ha supuesto el amplio acceso a la misma: en la actualidad, casi el 40% de la población española de 25 a 34 años tiene titulación superior, similar a la de países como EE.UU. o Finlandia, cifras muy por encima de las de Alemania o el Reino Unido, con el 23% y el 31%, respectivamente. Sí, faltan becas y en los inicios de la dura carrera profesional se pagan sueldos insultantes. Pero la función de la universidad ha cambiado no tanto porque la mano oscura del capitalismo haya conspirado contra la universidad pública, sino porque se ha proletarizado, y no es fácil formar a profesionales medios para el mercado de trabajo y, simultáneamente, a científicos sociales y pensadores críticos o a investigadores de excelencia en biotecnología o en ciencias fotónicas, aunque se siga haciendo. Y todo ello, con una organización rígida en la que la idea de servicio público queda atrapada por los actuales vicios de la función pública.

Desgraciadamente, Bolonia no supone una respuesta a estos males. Como ha dicho con mucho acierto el rector de la UPF, Josep Joan Moreso, Bolonia no es otra cosa que la aplicación de un sistema de medida unificado para facilitar la movilidad entre las universidades europeas, proceso parecido a la implantación del sistema métrico decimal. Todo lo demás, sistema de becas, financiación, sistemas de control y transparencia de la gestión, vinculación con el mercado y la industria, es política universitaria local, es decir, propia de cada Estado. Y no deja de ser curioso que el manifiesto de los profesores ponga todas sus iras contra Bolonia y no sea capaz de ningún tipo de autocrítica en relación con el sistema funcionarial, el centralismo estatal o la propia irresponsabilidad de la comunidad universitaria que, en estos diez años

de planificación de las reformas, se ha mantenido inactiva a pesar de contar con amplios mecanismos de participación.

También resultaría curiosa la insistencia de los anti-Bolonia en los males de la influencia del mercado y la industria sobre la universidad, si no fuera porque la crítica a las consecuencias del supuesto proceso de Bolonia forman parte de un combate ideológico anticapitalista al que importa poco la propia universidad. Hasta la fecha, los fondos con los que se financia la universidad pública los obtiene de los impuestos que pagan los ciudadanos gracias al funcionamiento de la industria productiva y del propio mercado. Y precisamente, lo que más se había echado en cara a la universidad en los últimos tiempos es que viviera de espaldas a los intereses de quienes la pagan. Porque hacen falta buenos arquitectos, ingenieros, médicos, maestros, abogados, veterinarios, biólogos, psicólogos... todos al servicio del progreso social y de los ciudadanos que esperan de la universidad que sepa formarlos adecuadamente según las necesidades de un mercado y una industria cada día más exigentes. ¿Y quién podría estar realmente interesado en desguazar la universidad que hace posible estas necesidades?

Lo que habrá que agradecer a los anti-Bolonia es que nos hayan despertado de una paz universitaria fúnebre, precisamente la que les ha garantizado hasta ahora la impunidad de su autoritarismo iluminado. La mayoría de los estudiantes está exigiendo a la universidad que cumpla con sus compromisos, y la mayoría de profesorado pide un mayor sentido institucional a sus gobernantes. La valentía del actual rector de la UPF impidiendo la ocupación privada de los espacios públicos es un buen síntoma de los nuevos tiempos que se avecinan en nuestra

universidad, más exigentes, más críticos, más democráticos, más estrechamente vinculados a la sociedad que la paga.